

EL ESCRIBA Y SUS ESPECTROS:

Giaconi Revisited

Por ENRIQUE LAFOURCADE

PIENSO en Claudio Giaconi y se me viene encima, como una vaharada de olores a primavera del soldado de la guerra del espíritu en el tiempo, de la vida de un alférez de las letras, ese que fuera Claudio impenitente, ese I Claudius tronitonnante, romañoparlante, cesáreo y con un como tartamudeo del corazón.

El es mi vida también. Yo, infimo soldado de las legiones que encabezaba, y que desaparecieron muertas en las arenas del Gobi, o el Sinaí, ahogadas en lagos imaginarios cuando estaban ya en los pórticos de la gran ciudad de la Reina de Sheba. Las legiones de Claudio se hundieron también entre las quilas, arrayanes, laureles y robles de la Legión de los Lagos, Rancho adentro, y por los turbales húmedos y blandos, o por las lagunas de arenas, los romanos murieron suavemente momificados, y esperaron entre piedras rosadas la vuelta de la Reina de Sheba en su mula blanca, davidizada. Mahoma también se fue al cielo en una mula blanca. ¡Qué rara manera de irse al Cielo para un profeta! Jesús se fue al cielo sin mula ni caballo ni camello alguno, sin ayuda. Tal vez porque no se podía ir al Cielo. Quizá, porque él era el Cielo. Divago. ¡Ay, Claudius! "Servidumbres de color" (Se incluye a los chilenos de Manhattan) / "Diarios, letreros, avisos/ millones de circuncisos/ y dolor, dolor, dolor..."

Filebo, ¡vade retro!

Tengo en mis manos "Los Expedientes de Filebo" (Edit. Zig-Zag, 1965), notable libro perpetrado por Luis Sánchez Latorre. Agotado. (El libro.) ¿Cómo es posible que los editores lo mantengan inédito?

Luis Sánchez fue un leal amigo de Giaconi. Aun lo es. Espíritu inquieto, estudioso distraído, lleva una vida entre infolios. Como en "el Barril de Amontillado" de Poe, éstos lo están emparedando. Muros formados por clásicos latinos. El hueco hacia afuera se hace cada vez más pequeño. Alemanes, españoles, ingleses. Libros nuevos y viejos, de infancia, de adolescencia, de madurez. Y rincones que funda desesperado para trabajar mirando árboles o jardines que están afuera. Minucioso e implacable cronista acaba de empuñar la lanza, una vez más, en defensa del Criollismo y el Realismo Costumbrista y las Literaturas de Retaguardia que, en su opinión, fueron ampliamente divulgadas por el mundo hispánico.

Eso, en reacción noble a ciertas expresiones que no ha mucho vertiera yo en charla donde explicando nuestros programas de acción (los de la Generación del 50, hace ya mil años) decía que "pretendíamos en ese instante sacar a la literatura chilena de sus clausuras parroquiales".

Desapoderada pretensión. ¿Superar a Luis Durand? ¿A Mariano Latorre? ¿A Diego Muñoz? ¿A Nicomedes Guzmán? ¿Al mismísimo Manuel Rojas?

Los años probaron, querido Luis Sánchez, que la parroquia se acentuó en sus poderes, condenados al silencio, del que tienen mucha culpa las editoriales. Manuel Rojas es casi inencontrable. Sólo por San Diego, donde Luis Rivano y otros librereros de viejo, o en Blanco Encalada, en casa de Héctor Muñoz.

No dije que fueran malos escritores. Sólo que su fama y accionar no rebasaban nuestras fronteras. Y que nosotros si queríamos ir como aves migratorias por el mundo. Hablando de Chile.

¿Lo conseguimos? ¿Es José Donoso, con traducciones a más de veinte idiomas, con artículos en "Time", en "Figaro Magazin", en "The Times", en "The New York Times", como Jorge Edwards, como varios otros, más universal que Luis Durand...? En fin, el tema merece nuevas reflexiones. Estamos partiendo, en lo que a prosa se refiere, ya que los poetas —la Mistral, Neruda, Huidobro, Parra— se nos adelantaron. La no divulgación, el parroquialismo, no indica que se sea un escritor de menor cuantía. Eduardo Anguita es un poeta de iglesia, de capilla de barrio. Es el poeta del Monasterio de Clausura del Carmen Alto de nuestra poesía. Como si el Corregidor Huidobro lo hubiera enclaustrado allí. Y, ¿quién puede seriamente predicar que es un mal poeta?

(Fin del paréntesis "filebiano")

Nostálgicamente derrumbado

Todo esto tiene que ver con Giaconi y su último libro, el Opus 4, si no me equivoco. Escrito en Manhattan, como uno de Enrique Lihn. Giaconi ha sido, a lo largo de una existencia, mi amigo más odiado de todos. Nos peleamos muchas veces. Admirándonos (por lo menos, yo a él). "La difícil juventud" —su grande y primera obra— nos marcó a todos. Sus cuentos eran nuestra peripetia vital. Su desesperación de italo-chileno jugando al neo-ruso (rusoniano, a su manera) nuestro mundo desconsolado y feroz, el de Heller, el de Demian, el de Agustín Meulnes, el de Rimbaud y el de Raskolnikov.

Dos trabajos, luego: "El sueño de Amadeo", un cuento. Y su ensayo sobre Gogol "Un hombre en la trampa". Y después, a correr tierras, a moverse por el mundo ancho y ajeno. La diáspora —auto-impuesta por nosotros, buscada con avidez— nos lanzó al mundo. Cassigoli y Giaconi a Italia como correspondía. Jodorowsky, Espinoza, a



• ¿Dónde estás?
me preguntó la
sombra.
Aquí, le
respondí yo.
¿Dónde aquí?
Aquí en la
sombra.
¡Ah, te creís
chistoso!
¡Y vos te creís
sombra!
("La Sombra",
C. Giaconi)



París. Donoso a México, Estados Unidos. Lihn, Edwards, quien escribe, vagabundeando por Europa. Pasaron los años. Giaconi le escribe a Sánchez Latorre:

"Compréndame. Nunca fue más poderosa para mí la nostalgia". Luego le cuenta su "histórico" encuentro con Sartre y Simone de Beauvoir, en Roma. "Los abordé en francés. Sartre, cuando notó que me aproximaba, quizá pensó: ¡Tiens! Un cretino, un cazador de autógrafos. Pero se pisó la cola. Se sintió tranquilo y a su gusto cuando le dije: "Señor Sartre, permítame, quiero estrechar su mano, nada más..." Me clavó un ojo de batracio halagado y agradecido".

A Simone le besa la mano. La pareja —según Claudio— responde a dúo: *merci, merci, merci...*

Grandes momentos de su vida. Al paso recuerdo que el poeta inolvidable, mi gran amigo Eduardo Molina Ventura, contaba haber visto a Sartre en "Le Deux Magots" y que le pidió un fósforo. Y que Sartre le ofreció esa luz y Molina le dijo —"Merçi, monsieur..."

En otra carta le dice a Filebo nuestro Giaconi: "Seguramente te estarás ya haciendo la pregunta de si abandono la literatura... ¡Nada de eso! Nadie abandona la literatura; es la literatura la que abandona..."

Y algo así le sucedió. Veinte, treinta, casi cuarenta años de silencio. En lugares literariamente estimulantes, Roma, Bruselas, París, México, Nueva York. En esta última ciudad Giaconi debe llevar un cuarto de siglo o más. Todos pensamos: ¡se acabó! La literatura, cansada de los malos tratos, de la mala vida, de soportar toda suerte de cargos injustos, lo dejó, le dijo: "ya no te quiero", y se fue.

Pero no hay tal. Giaconi publicó en 1985 un libro de poemas, "El derrumbe de occidente" ("Libros del Maitén") en Chile, según reza el pie de imprenta. La mano blanca y fraterna de Jaime Giordano, desde Nueva York, no estuvo ajena a esta publicación.

Confieso que tenía gran desconfianza frente a este trabajo. Los fragmentos que leí en revistas me parecieron tan malos como la "poesía" de José Donoso.

Hoy, leyendo entero el libro encuentro algunos instantes de legítima revelación poética. En Manhattan, una tarde de tristeza, recuerda las cazuelas y su infancia:

Eran tiempos de orfeones en
[plazas pueblerinas
organilleros de primavera en
[parques enfiestados
carreras alocadas por playas sin
[fin
volantines que se van cortados
y se los lleva el viento de
[septiembre.
Sopaipillas y picarones en
[invierno.
¿Dónde están las cazuelas de
[antaño,
esas de ave con chuchoca y
[albahaca?

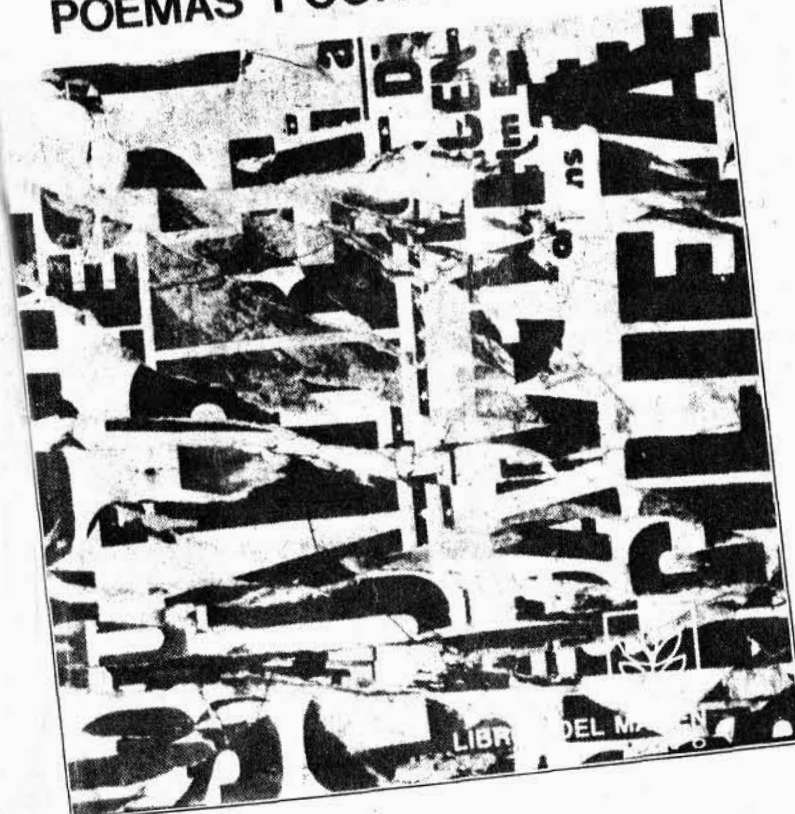
Vagabundo por Broadway, solitario de la calle 42, un viernes en la tarde dice: sonámbulo en una maratón de catacumbas/ ufanos en ser los primeros en llegar./ Es hora de volver, pero de volver ¿adónde?

Un tono menor, violento, de pavor metafísico, recorre estos trabajos —salvando zonas de chistes fomes y humor previsible— y entrega versos como: La cuestión no es acordarse/ de la primera comunión/ sino de la última./ La inseguridad es la única/ madre del cordero que valga la pena.

Hay que escarbar aquí. La tierra parece baldía. Pero se encuentran voces, como estos ruegos de "Pliego de peticiones":

No borren del mapa a la plaza de
[mi pueblo
para cuando vuelva algún
[domingo estival
al reencuentro de una infancia
[inconclusa

CLAUDIO GIACONI EL DERRUMBE DE OCCIDENTE POEMAS Y CONTRAPOEMAS



al son de la retreta municipal de
[mediodía.
Bienvenido a tu cuna, me dirán
las palmeras rotundas ahora tan

[precarias.
Yo también soy hijo vulnerable
[de Hiroshima
diré al jazmín humilde y al

[abejorro zumbón.
Ve y dile a los enemigos de las
[flores
que se achicharren entre sí, me
[dirán
y los demás pétalos que los dejen
[tranquilos
o las abejas morirán y la miel se
[acabará...

El escritor, el prosista, tiene sus dedos para tocar algo en el piano de la "poiesis". ¿Por qué no? Todo gran solitario es un poeta. Afirmando que todo hombre desdichado en esta tierra es poeta. ¿No me lo creen? (No me lo crean, ya verán).

Giaconi again:
Uno de esos días despavoridos en
[que uno se pregunta:
¿Qué ha pasado que ya nunca
[deja de ser Lunes?
¿Se viene a este mundo para
[terminar extranjero?

Sólo por estos tres versos yo aplaudo el libro de Giaconi. Y le envío el espectro ruso (finalmente se transformó en ruso blanco, en un Gran Duque raído) un ramo de siemprevivas flores del sur, una brazada de aromos (están que se vuelan de amarillos, son pequeños patitos).

Y le cuento que en Santiago apareció Nadja. ¡Helas! Que llegó a la Plaza del Mulato Gil a verme. Que como la Nadja era blanca, delgada, pálida, con excesivo colorote para esconder el rubor de su alma a la intemperie, y bella como suelen ser los fantasmas. Que se negó a darme su nombre. Y ante mis preguntas susurró algo como Alejandra. O sea, me dio el nombre de la heroína de Sábato. Tal vez nunca más la vuelva a ver. Querido Claudio, quizás puedas venir a Santiago y ayudarme a encontrarla. Qui vive? Qui vive? Est-ce vous, Nadja? Est-il vrai que l'au delà, tout l'au delà soit dans cette vie? Je ne vous entends pas. Qui vive? Est-ce moi seul? Est-ce moi même?